

Por qué el cristianismo tiene que cambiar o morir

*La nueva Reforma
de la fe y de la práctica de la Iglesia*

John Shelby SPONG

POR QUÉ EL CRISTIANISMO TIENE QUE CAMBIAR O MORIR
Una nueva Reforma de la fe y la práctica de la Iglesia
John Shelby SPONG

Título original: *Why Christianity Must Change or Die. A new Reformation of the Church's faith and practice*, HaperCollins Publishers, New York, 2003

Primera edición: febrero de 2014

© **Editorial Abya Yala**
Casilla 17-12-719
Quito, Ecuador.
Telef.: (593-2) 2506-251 / 2506-247
Fax: (593-2) 2506-255 / 2506-267
editorial@abyayala.org
<http://www.abyayala.org>
y
Agenda Latinoamericana
punto de contacto en:
<http://latinoamericana.org>

Impreso en Quito, Ecuador, febrero 2014
ISBN:

Diagramación y cubierta: Agenda Latinoamericana

Colección «Tiempo axial», n° 17
<http://tiempoaxial.org>

Traducción de:
María Ángeles Aísa Comps.
Natividad Monforte Macipe
Francesca Toffano
Ariela Brealey
y José María Vigil.(Panamá)

Haga su pedido de este libro en papel a:
Editorial Abya Yala, Quito, Ecuador
editorial@abyayala.org
ventas@abyayala.org

o adquiéralo en línea en: www.abyayala.org
Descuento especial para la adquisición de la colección completa.
Vea toda la colección en: <http://tiempoaxial.org>

ÍNDICE

Prólogo.....	7
1. Rezando el credo con honestidad	19
2. El significado del exilio y cómo nos encontramos en él	36
3. Buscando a Dios: ¿es el ateísmo la única alternativa al teísmo?	54
4. Del teísmo a las nuevas imágenes de Dios.....	66
5. Redescubriendo al Jesús del Nuevo Testamento.....	81
6. Jesús como Redentor: una imagen que debe desaparecer....	93
7. El Cristo como persona de espíritu	109
8. ¿Qué piensas de Cristo? Donde lo humano entra en lo divino.	126
9. La oración en un mundo sin una deidad externa	141
10. Nueva base para la ética en una era nueva.....	155
11. La Iglesia emergente. Leyendo las señales actuales	172
12. La Iglesia futura: un sueño tentativo.....	187
13. Vida eterna sin cielo ni infierno.....	202
Epílogo. Una palabra final	220
Bibliografía.....	228

*Para Brian Yancy Barney y Rachel Elizabeth Barney,
cuya madre trajo una nueva alegría a mi vida
y que hizo que ser su padrastro fuera
un privilegio y una delicia.*

PRÓLOGO

He estado escribiendo este libro por más de veinte años. Ha sido un trabajo de fe y de convicción. Es mi testimonio, como de alguien que desea practicar su fe como un ciudadano del mundo moderno y poder pensar en voz alta, mientras soy creyente. Lo escribo como una persona a la cual la Iglesia Cristiana le ha otorgado honor, rango y el privilegio del liderazgo en el ministerio episcopal. Forma parte entonces de la vida de un obispo, cuyos votos en el momento de mi consagración incluyeron la promesa de defender la fe y de proteger la unidad de la Iglesia. La vocación de hacer eso en un mundo que cambia rápidamente ha sido un privilegio para mí, por casi un cuarto de siglo.

Como autor de estas páginas, estoy al tanto de que no puedo ser mencionado en la prensa sin el adjetivo *controvertido* pegado a mi nombre. Esa palabra casi se ha convertido parte de mi identidad. La primera ocasión para percibir esta reputación adquirida fue en 1974, cuando como pastor en Richmond Virginia, tuve el placer de conducir un dialogo público y extenso con el Dr. Jack Daniel Spiro, rabino del Templo Reformado Beth Ahabah de Richmond.

Este diálogo tuvo lugar a causa de un libro que publiqué en 1974, titulado *Este Señor hebreo*.¹ Intrigado por este titulo, el rabino leyó el libro y me invitó para debatir su contenido en la sinagoga en tres cultos de Sabbat sucesivos. Mientras hablábamos juntos para planificar la actividad, el esquema se amplió para incluir tres domingos por la mañana en la Iglesia Episcopal de San Pablo, la parroquia en la que yo servía, localizada en el centro de Richmond. Este dialogo interesó al público, y tanto la sinagoga como la iglesia estuvieron abarrotadas en cada sesión.

¹ *This Hebrew Lord: A Bishop's Search for the Authentic Jesus* (Este Señor hebreo. Un obispo busca al Jesús auténtico) San Francisco: Harper&Row, 1974. Este libro fue reimpresso por Harper San Francisco en 1988 y de nuevo en 1993, y sigue distribuyéndose hoy en día.

También llamó la atención de periódicos, la radio y televisión en el área de Richmond y tuvo una extensa cobertura.

En un viernes por la tarde, durante este diálogo, el rabino me pidió que explicara a su audiencia judía cómo Dios, el “Otro Santo”, se podía decir que se había hecho particular y concreto en la persona Jesús de Nazaret, que es lo que él entendía ser lo que los cristianos proclaman sobre Jesús.

En mi respuesta, tratando de evadir algunas ideas de la teología cristiana popular que se acercan a la herejía del monofisismo², intenté presentar la figura de Cristo en los términos judíos familiares de “palabra” y “voluntad”, derivadas de las Escrituras hebreas. Los judíos creen que la palabra de Dios se ha dicho y que la voluntad de Dios se ha vivido en momentos y épocas particulares de la historia humana. Entonces si yo pudiera presentar la persona Jesús en estas categorías bíblicas, tal vez mi audiencia judía podría estar receptiva para escuchar algunas cosas de manera diferente a lo que ellos tradicionalmente piensan que los cristianos decimos sobre Jesús. A través de las fuentes judías sagradas, particularmente en las Escrituras post-exílicas, aparecía el concepto de Mesías. La palabra para *mesías* en hebreo es *mashiach*, la cual se tradujo a griego con la palabra *christos* y al español con la palabra Cristo. “Tu eres el Cristo” fue la afirmación cristiana proclamada por Pedro en Cesarea de Filipo (Mc 8,29). Pero *mashiach* no significaba una creencia abstracta de la esencia de Jesús, si no la creencia de que Jesús era la vida humana a través de la cual la palabra de Dios fue dicha y la voluntad de Dios fue vivida, en una vida en la que se experimentó la realidad de Dios como presente en la historia. Curiosamente, los judíos ampliaron el concepto de mesías de manera que hasta Ciro el persa fue llamado un *mashiach* en el libro de Isaías (45,1),³ porque el pueblo judío discernió que la voluntad de Dios estaba siendo lograda en la historia a través de la vida de aquel hombre, quien no conocía ni la Torá ni el nombre de Yahveh.

Como respuesta a la pregunta del rabino en esa tarde de Sabbat, dije: “La Biblia nunca dice de manera simple que Jesús es Dios. En los Evangelios, Jesús le reza a Dios. No está hablando consigo mismo.

² El monofisismo afirmaba que en el Cristo encarnado había sólo una naturaleza, la divina. En el cristianismo popular la suposición es que Jesús fue divino, y no fue humano. La teología clásica trató de abarcar las dos naturalezas, la divina y la humana, en una tensión que no siempre ha sido exitosa.

³ El texto se traduce como “el ungido”, que fue, por supuesto, el significado de *mashiach*.

Jesús muere en la cruz. No tiene sentido decir que el Dios bendito murió. La Biblia sólo dice que como Dios es, así es Jesús; que Dios se encuentra en Jesús; que ver a Jesús es de alguna forma ver a Dios". Quedé complacido tanto con mi respuesta como con la reacción de nuestra audiencia judía. Sin embargo, fue una distinción demasiado sutil para que la prensa laica entendiera.

"Jesús no es Dios, afirma el rector", fue el titular que saludaba a los lectores del *Richmond Times Dispatch* el día siguiente, y el debate continuó. La sección de "Cartas al director" defendiendo la divinidad de Jesús contra este sacerdote hereje llenó el periódico durante unas seis semanas. La Iglesia de San Pablo fue piqueteada por miembros de la Iglesia Bautista de Janke Road con pancartas, protestando por esta minusvaloración hecha a Jesús. La prensa conservadora de la Iglesia, liderada por el redactor jefe de *The Living Church*, el temible Carrol Simcox, y Perry Laukhuff el director de un boletín informativo de derecha ahora suspendido, titulado *The Certain Trumpet*, tomó el reto.

Esto ocurrió en un momento de gran conmoción en la Iglesia Episcopal, Anglicana, cuando las mujeres estaban demandando el acceso a la ordenación. En protesta contra la lentitud del proceso de decisión de una Iglesia burocrática, las mujeres habían sido ordenadas "irregularmente" en Filadelfia en 1974 y en Washington en 1975. Estos cambios suscitaron un enorme enojo en los defensores conservadores, quienes deseaban purificar la iglesia de aquellos que rompieron la disciplina de su "fe y la práctica histórica" de un sacerdocio cristiano de sólo hombres. El obispo de la Diócesis de Virginia, Robert B. Hall, era conocido por su comprensión hacia las mujeres ordenadas. Cuando una de las mujeres irregularmente ordenadas celebraba la Eucaristía en una iglesia de esa diócesis con el obispo Hall en la congregación, el respondió a sus críticos que sus ojos estaban cerrados en oración para no ver la presencia ofensiva de la mujer. Los conservadores no estaban felices. Por eso, la combinación de este obispo liberal, que no obedecía la prohibición de la Iglesia contra las mujeres, con este sacerdote liberal, en diálogo con judíos, hizo que la prensa religiosa derechista se refiriera a la Virginia conservadora como "un área de desastre". La diócesis de Virginia nunca antes había sido honrada tan significativamente.

El debate había comenzado a tranquilizarse cuando fui elegido obispo de Newark el 6 de marzo de 1976. Ahora el rector que "negaba que Jesús era Dios" sería uno de los obispos gobernantes de la Iglesia.

Fue más de lo que Simcox y Laukhuff podían soportar. Como respuesta, iniciaron una campaña nacional para prevenir que mi elección fuera confirmada. Citas de *Este señor hebreo* fueron sacadas de sus páginas y enviadas profusamente a los obispos y miembros de todos los comités diocesanos de Estados Unidos. Asistido por el Reverendo Dr. Philip Cato, escribí una respuesta cuidadosa y razonable a estas acusaciones imprudentes. No sirvió. “Un nuevo obispo Pike está naciendo”, afirmó la prensa. Una diócesis, West Virginia, para la cual yo había rechazado uno año antes la candidatura a ser nombrado obispo, decidió que yo no era apto para ser obispo en ninguna parte. Sin embargo, cuando se votó, fui confirmado por una mayoría arrolladora, con sólo siete comités votando no. El efecto de esa campaña fue, primero, que las ventas de *Este Señor hebreo* subieron y, segundo, que entré a cuerpo episcopal siendo más reconocido que los obispos que lo eran por décadas. La reputación de *controvertido*, hereje y hasta de no creyente nunca ha abandonado las mentes de mis críticos.

Un libro que publiqué en 1983, titulado *Dentro del torbellino: el futuro de la Iglesia*,⁴ contenía todas las semillas de mi futuro trabajo. Llamé a la Iglesia Cristiana a entrar a la revolución del conocimiento, la revolución sexual y la revolución contra la identidad tribal y los prejuicios en un mundo moderno radicalmente interdependiente. Sin embargo, el hecho de que este volumen todavía estaba en el reino de lo teórico y especulativo no logró avivar los rescoldos de la controversia latente.

Todo eso cambió a finales de los ochenta, cuando el tema de la discriminación de la Iglesia hacia las personas gay y lesbianas se agravó. En 1987 la diócesis de Newark se convirtió en la primera diócesis de la Comunión Anglicana en hacer un llamado oficial a la Iglesia para que termine sus prácticas homofóbicas y sea honesta en ordenar a candidatos gay o candidatas lesbianas calificados para el sacerdocio. Esta diócesis también pidió a la Iglesia tomar cualquier acción necesaria para permitir a su clero bendecir públicamente el compromiso sagrado de parejas gay y lesbianas. En 1988 publiqué un libro diseñado para llamar a la Iglesia a una nueva conciencia acerca de estos temas

⁴ Este libro ya no se imprime hoy en día excepto en Australia y Nueva Zelanda, donde ha sido reimpresso en una versión actualizada por Desbooks, Thornberry, Australia (1992), con un preámbulo del antiguo Primado de la Iglesia Anglicana en Nueva Zelanda, el Muy Reverendo Sir Paul Reeves. Hay copias disponibles en EEUU en Cristianismo para el Tercer Milenio, Inc., P.O. Box 69, Morristown, NJ 07963-0069.

sexuales. Se titulaba *¿Viviendo en pecado? Un obispo repiensa la sexualidad humana*. El 16 de diciembre de 1989, respondiendo a mi propio estudio y a la recomendación de los cuerpos de decisión de la diócesis de Newark, procedí a ordenar al sacerdocio a un hombre que durante cinco años había vivido en una relación públicamente conocida con su compañero. Él era un graduado de seminario que también poseía el apoyo entusiasta de su facultad teológica. El asunto ya no era teórico.

Una vez más la furia de la derecha religiosa se desató. Por supuesto, el catalizador fue esta ordenación gay pero, en el intento de desacreditarme de cualquier manera posible, los viejos temas teológicos surgieron una y otra vez. El argumento fue que este tipo de acción sólo se puede esperar de alguien que es teológicamente sospechoso. Desde ese día hasta hoy, el tamborileo de hostilidad de los círculos conservadores, fundamentalistas y evangelistas ha sido mi pan de cada día. Llegó a su clímax cuando el obispo asistente de la diócesis de Newark y, por ende, mi compañero en la oficina episcopal, el Muy Reverendo Walter Righter, fue oficialmente acusado de herejía en 1996. Su crimen fue que en 1990, actuando en mi nombre y con mi autoridad, ordenó al diaconado al Reverendo Barry Stopfel, un hombre abiertamente gay que vivía en vida de pareja con el Reverendo Will Leckie. Yo ordené a este hombre al sacerdocio el año anterior, después de su ordenación de diácono en una ceremonia muy pública. Pero cuando se le formuló la acusación de herejía, fue mi asociado y no yo quien fue escogido para recibirlo. Tal vez sintieron que él sería un blanco más fácil o simplemente no quisieron proporcionarme la oportunidad de un foro público tan grande.

Durante los años que separaron esa primera ordenación gay y el juicio de herejía del obispo Righter, yo continué mi carrera de escritor y hice presión sobre las barreras teológicas de la comprensión tradicional del cristianismo. En 1990 publiqué lo que sigue siendo mi libro de más ventas, *Rescatando a la biblia del fundamentalismo*, el cual, entre muchas otros puntos significantes, sugerí que tal vez el “espinas en la carne” que atormentaba a san Pablo, ese poder al cual su cuerpo decía que sí aun cuando su mente decía no, era que él mismo era un hombre gay profundamente reprimido y con auto-rechazo. En 1992 publiqué *Nacido de mujer*, en el cual planteé la posibilidad de que los relatos del nacimiento de Jesús encontrados en Mateo y Lucas fueron creados para cubrir el cargo, seguramente planteado por críticos del cristianismo en el primer siglo, de que Jesús era hijo ilegítimo. Hay

pistas de esta acusación esparcidas a lo largo de los evangelios, como minas por excavar, si uno sabe cómo leer esos textos. También especulé la posibilidad de que Jesús pudo haber estado casado con María Magdalena; una cantidad significativa de datos del Nuevo Testamento apuntan a la posibilidad de esa teoría. Descubrí que la resistencia más profunda a esa sugerencia viene de aquellos que tienen una imagen de la mujer muy negativa, que no pueden imaginarse que un Cristo divino se asociara íntimamente con una mujer contaminante. Por eso, mi especulación fue un ejercicio de concienciación.

En 1994 cuando salió *Resurrección: ¿mito o realidad?*, afronté el hecho de que ver la resurrección de Jesús como una resurrección física era una tradición que se desarrolló en el cristianismo temprano. Traté de demostrar que el cristianismo primitivo representado por Pablo, Marco y –yo también diría– Mateo,⁵ no hizo ninguna de esas afirmaciones, y que el destello original de luz que acompañó el nacimiento del cristianismo no dependía de esta teoría “ortodoxa”.

En 1996, en *Liberando los Evangelios*,⁶ argüí que los autores de los evangelios sinópticos, Mateo, Marco y Lucas, no fueron testigos presenciales, ni tampoco los evangelios se basaron principalmente en las memorias de testigos oculares de la vida de Jesús. Si no que estos evangelios fueron trabajos litúrgicos organizados con los antecedentes del año litúrgico judío. Por lo tanto, no deben de ser tomados literalmente, pero su significado sí debe ser investigado desde ese contexto judío.

La publicación de cada libro resucitó de nuevo los debates teológicos. Los periodistas volvieron a la fuente de información común y reescribieron los artículos de controversias previas con un giro. Mi sugerencia de que Pablo pudo haber sido un hombre gay reprimido se convirtió en una afirmación dogmática. Mi cuestionamiento sobre por qué los relatos del nacimiento fueron escritos originalmente se convirtió en una aserción de que María había sido violada.

⁵ Mateo insinuó un cuerpo físico resucitado solamente en su relato del Cristo resucitado apareciéndose a las mujeres en el jardín. Sin embargo, eso es un cambio deliberado en el significado de Marco que Mateo estaba copiando. Lucas también copió el relato de Marcos, pero las mujeres no vieron a Jesús en el informe de Lucas. El otro relato de Mateo del Jesús resucitado reuniéndose con los discípulos en la montaña de Galilea se refería no a un Jesús físico, si no un Jesús que se apareció en el cielo, transformado.

⁶ Estos cinco libros todavía están siendo impresos y están listados en la bibliografía.

Mi intento de probar el origen de las narraciones sobre la resurrección, fue cambiado por la acusación de que yo negaba la veracidad de la resurrección. Mi análisis del principio de organización que está detrás de la tradición sinóptica, lo volvieron una acusación de que yo no creía para nada en la Biblia. La culminación de este tipo de periodismo llegó en 1997, cuando el *Edinburgh Evening Newspaper* (Escocia), en un largo artículo que publicó, me llamó “el obispo más radical del mundo”.

Sin embargo, cada uno de estos libros encontró una audiencia entusiasta de personas laicas, que estaban dispuestas a ser llevadas mucho más allá de las distorsiones de estos titulares. Me llegaron invitaciones para hablar de estos temas de todo Estados Unidos y de todo el mundo. El recibimiento que me dieron me dio la fama de ser uno de los autores religiosos más conocidos en el mundo angloparlante. Pero también encontré una hostilidad creciente e incansable entre ciertos grupos de personas ordenadas y entre sus amigos laicos, en círculos conservadores, evangélicos y fundamentalistas.

Tengo una “escuadrón de la verdad” establecido en una universidad evangelista teológica en Sidney, que me siguió a través de toda Australia dondequiera que daba conferencias, y distribuían sus folletos y propagandas, diseñadas para callar mi testimonio. He dado conferencias con guardias de seguridad que me protegían en Calgary, Alberta. He caminado a través de vallas de gente gritando en San Diego, California, para poder dar una conferencia. He soportado una amenaza de bomba en la universidad católica de Brisbane, Queensland. He recibido dieciséis amenazas de muerte, provocadas todas por, citando a la Biblia, “verdaderos creyentes”. Finalmente, he sido atacado en libros de la derecha religiosa por personas como Alistair MacGath, N.T. (Tom) Wright, y Luke Timothy Johnson, y en una monografía de ensayos titulada *¿Puede estar equivocado un obispo?*, editada por Peter Moore de la Escuela Trinity para el Ministerio, un seminario evangelista en el oeste de Pennsylvania.

Todos estos esfuerzos tuvieron su efecto. Cuando se publicaron los libros que me atacaban, que eran abiertamente hostiles y sin ningún mérito académico, mi reputación *controvertida* se solidificó. Ya ni siquiera trato de negarlo.

De hecho, estoy agradecido a cada uno de mis críticos. Lo que hicieron, involuntariamente, fue identificarme como una ayuda para las personas religiosas insatisfechas de nuestro mundo, que desean creer

en Dios, pero sienten rechazo hacia el fundamentalismo que tan frecuentemente se disfraza de cristianismo. Los correos que he recibido de estas personas son increíbles. He tratado de contestar cada carta, y en el proceso he construido una audiencia que ha viajado conmigo en mi búsqueda de una forma de ser un creyente honrado y profundamente comprometido en nuestros días. Escribo este libro para esa audiencia. Como yo, ellos son creyentes en el exilio.

Hago una pausa para reconocer a aquellos con los que estoy en deuda por este libro. Recuerdo especialmente la influencia que tuvieron tres de mis maestros y guías. El primero fue John Elbridge Hines, obispo de la Iglesia Episcopal (Anglicana) en Estados Unidos, de 1964 a 1973, que tuvo valor suficiente para que sus convicciones llevaran al cristianismo a lugares a los que nunca antes había llegado, y que tuvo la gracia y la integridad de ser sometido a insultos sin contestar negativamente. John Hines fue un hombre institucional, y, aunque poseía una mente brillante, no tuvo el tiempo para estudiar temas bíblicos y teológicos con mayor profundidad. Sin embargo, más que cualquier otra figura eclesiástica que yo conozca, empujó a su Iglesia a un verdadero diálogo con el mundo real.

El segundo fue John A. T. Robinson, un obispo inglés entre los '60 y los '70, que fue el autor del best-seller *Honest to God* (*Sincero para con Dios* en español, véase la bibliografía) Este hombre labró un difícil camino –que también yo he querido recorrer– tratando de combinar su carrera de obispo con su carrera de investigador y escritor. Fue también a través de nuestra relación personal como me inspiró a asumir la tarea que estaba proponiendo. Agradezco mucho que mi esposa Christine yo hayamos podido seguir en contacto con la viuda de John Robinson, Ruth, y con su hermano, Edward, a lo largo de los años. De hecho, me senté en el escritorio de John Robinson en Arncliffe en North Yorkshire en junio de 1997 para trabajar el capítulo sobre la oración de este libro, siendo Chris y yo huéspedes de Ruth en la casa de los Robinson, esa experiencia me hizo sentir lo profunda que es mi deuda con John Robinson, mientras continuó su honesto intento de reconciliar la auténtica fe cristiana con el conocimiento y la consciencia.

El último maestro que tengo que mencionar es Michael D. Goulder, un profesor retirado de la Universidad de Birmingham en el Reino Unido. También es el único estudioso que conozco del Nuevo Testamento que ahora reconoce ser ateo, y que renunció tanto a su sacerdocio como a ser miembro de la Iglesia cuando sintió que ya no

podía ser parte de la fe de una comunidad cuyo dios era demasiado pequeño para ser Dios para él y su mundo. Michael es un símbolo de aquellas personas para las cuales la Iglesia parece ser que no puede extender suficientemente sus límites para incluirlos. Pero más de lo que él ha podido pensar, para mí ha abierto las ventanas a una nueva visión de Dios.

También he pasado un tiempo precioso con Don Cupitt de la Universidad Emmanuel de Cambridge; Keith Ward, de Christ Church en Oxford; con algunos miembros del *Jesus Seminar*; con el físico australiano Paul Davis; con la mundialmente conocida autora Karen Armstrong; con el profesor “hereje” Lloyd Geering de la Iglesia Presbiterana de Nueva Zelanda; así como muchos otros cuyos pensamientos y trabajos me han movido para explorar las áreas que planteo en este libro. Sorprendentemente, para algunos de mis maestros, como Cupitt y Goulder, soy un incorregible conservador por permanecer comprometido con la Iglesia y la fe cristiana. Para los otros, Robinson, Armstrong y Ward, soy un compañero de peregrinaje. Sin embargo, ninguno de ellos se sorprenderá al ver que me autodefino “un creyente en el exilio.”

Cuando todo está dicho y hecho, escribo desde mi compromiso con la fe como cristiano y no en un intento de crear controversia. Pero cuando esta fe ha sido corrompida por unas afirmaciones que provienen del fundamentalismo, yo me he vuelto su denunciante y su crítico. He llegado a ver la controversia que provoca no como negativa, ni siquiera como destructora de la Iglesia; más bien la veo como un signo positivo de vitalidad; representa la fe tradicional en fermentación, simultáneamente muriendo y resucitando. Revela el deseo de explorar la verdad de Dios, sin tratar de proteger a Dios de la molestia de nuevas ideas. Nace de la sensación de que Dios tiene que ser adorado con la mente, tanto como con el corazón. También revela que cualquier dios que está amenazado por una nueva verdad de cualquier fuente, ya está definitivamente muerto. Un dios muerto necesita ser arrebatado a los creyentes amenazados, para que la ansiedad del “vacío de dios” que está en el centro de la vida de algunas personas, las lleve a la honestidad y la integridad, ya sea como creyentes o como no creyentes. No hay esperanza de revivir el culto cuando un ídolo está ahí sin ser molestado en el lugar reservado para un Dios vivo.

Clifford L. Stanley, uno de mis profesores de teología durante casi cuarenta y cinco años, orgullosamente decía: “Cualquier Dios que se pueda matar, debería de ser asesinado”. El seminario teológico en

el que había estudiado también tenía su lema: “Busca la verdad, venga de donde venga, cueste lo que cueste”.⁷ He tratado de seguir tanto las palabras de mi maestro como el lema del seminario muy de cerca. Así que hoy hablo a mi audiencia de los que buscan y a los investigadores, a los miembros de la asociación de antiguos alumnos de la Iglesia, o a los que todavía se aferran con los dientes a su identidad cristiana. También hablo para los laicos que han llegado a creer que su propio sentido de honradez les exige que cierren su mente a la mayoría de lo que escuchan en la iglesia los domingos.

Hablo para aquellos a los que se les han enseñado que para involucrarse en el culto es necesario que nunca hagan preguntas. Estos son mis compañeros de viaje, aquellos con los que quiero dialogar. Para ellos, lanzo una invitación bíblica: “Ahora vengan, vamos a razonar juntos, dice el Señor” (Is 1,18). Ellos son los que parece que comprenden que el cristianismo tiene que cambiar o morir.

Estoy agradecido a muchas personas que me han asistido en la preparación de este manuscrito. Primero, expreso mi gratitud al clero y al pueblo de la diócesis de Newark, que me han apoyado, impulsado y respaldado en mi vocación de escritor dentro del contexto de mi carrera episcopal. El contenido de este libro primero apareció públicamente en una serie de conferencias diocesanas impartidas en la iglesia de Cristo de Ridgewood, Nueva Jersey, donde la Reverenda Margaret Gunness es rectora y el Reverendo David Ware estaba adjunto en la primera ocasión y actualmente lo es el Reverendo John Thompson-Quarterly; a la Grace Church de Madison, Nueva Jersey, donde la Reverenda Lauren Ackland es rectora y el reverendo Wesley Wubbenhorst fue asistente; y a la iglesia de San Luke en Montclair, Nueva Jersey, donde el reverendo Robert Schiesler es el rector y el Reverendo Jill McMish es el asistente. También se hizo público en Edmond y Calgary en una serie de conferencias patrocinadas por la Iglesia Unida de Canadá, una comunidad de fe que admiro mucho.

La mayor parte del formato final de este libro fue escrito en un descanso sabático, que fue un gran regalo que me dio mi maravillosa diócesis. Pasé parte de ese año sabático en la biblioteca de la Universidad de Edimburgo en Escocia; en ese trabajo recibí mucha ayuda de parte del personal de la biblioteca, así como del primado

⁷ El Seminario Teológico Episcopal Protestante en Alexandria, Virginia. El Dr. Stanley enseñó teología ahí por más de veinte años.

de la Iglesia Episcopal de Escocia, el Reverendo Richard Holloway, su asistente, el Sr. Pat McBryde y uno de sus sacerdotes, el reverendo James Wynn-Evans.

La otra parte del año sabático la pasé como investigador huésped en la Universidad de Oxford, donde tuve acceso a la Biblioteca Bodleian, y una vez más aprecié mucho la amabilidad de los empleados. Esa estancia en Oxford fue posible gracias a Keith y Marian Ward de la Iglesia de Cristo en Oxford. Keith es Profesor Egregio de teología en Oxford y fue especialmente útil para mí para acceder a las fuentes originales. Hablar con Keith Ward es como encontrar una enciclopedia del saber. Los títulos académicos de Marian también son impresionantes.

Estoy en deuda con otras dos personas: primero con Christine Mary Spong, que para mí es mucho más que una esposa muy especial. También es una secretaria sobresaliente. Viaja conmigo a todos lados que voy. En las conferencias que tengo el privilegio de impartir por todo el mundo, ella escucha mis pensamientos cuando nacen y es testigo de su maduración cuando se vuelven una parte permanente de lo que soy. Ella escucha las reacciones de los distintos auditorios y me ayuda a clarificar mis conceptos. Ella cuida mi columna mensual en el periódico. Cuando las conferencias han sido videograbadas para uso público como apoyo educativo, ella ha sido la responsable principal y la productora de esos videos.⁸ Mejor que cualquier otra persona, ella sabe cuándo el material “suena” y cuándo no. También tiene un don especial para las palabras y la sensibilidad para saber cómo una frase se puede transformar de pedestre a inspiradora. Christine trata de hacer que las palabras escritas tengan una correspondencia semejante con la palabra oral, para que el interés presente en el lenguaje oral también se pueda plasmar en la página. La amo sin medida, y también admiro su enorme generosidad como coautora y compañera de ministerio. Ella es una rara y maravillosa combinación. La saludo con gratitud.

La segunda persona es Lyn Conrad, mi secretaria ejecutiva, cuyo procesador de palabras logró milagros mientras este libro se transformaba de conferencias a capítulos. Este es el segundo libro en el cual Lyn ha trabajado conmigo, y su paciencia con las infinitas revisiones, su habilidad para detectar los detalles, y su estímulo, mientras se desarrollaba cada capítulo, me dieron la capacidad de seguir adelante. También estoy agradecido con su esposo, David, que en la noche la recibe en su casa exhausta y agotada.

Los miembros del equipo de nuestra diócesis también tuvieron más trabajo por mi segunda carrera como escritor. Estoy contento porque parece que piensan que las ventajas de esto han sobrepasado las desventajas. Este pequeño y maravilloso grupo de colegas, cada uno de los cuales también es un buen amigo, incluye a mi compañero en la oficina episcopal, nuestro obispo adjunto, el Reverendo Jack Marston McKelvey; nuestro Director Financiero, el Sr. John Georges Zinn; nuestro Director Administrativo, el Sr. Michael Francaviglia; nuestro oficial de personal, de desarrollo de la congregación y director de Relaciones Públicas, el Sr. Dale Gruner, y nuestro decano, el Reverendo Petero Saburne.

Entre los otros miembros del equipo que comparten nuestro edificio en Mulberry Street, en el centro de Newark están el reverendo Richard Bardusch, Cecil Broner, Sandonna Bryant, Rupert Cole, Gail Deckenbach, el reverendo Larry Falkowski, David Farrand, Charles Hayes, Barbara Haynesworth, el reverendo Elizabeth Kaeton, Mary Knight, Carla Lerman, Barbara Lescota, Dennis Morterud, William Quinlan, Joyce Riley, Tim Russo, Lucy Sprague, Elizabeth Stone, Peter VanBrunt y Johanna Young.

Finalmente, estoy muy agradecido a mi familia. Además de mi esposa, Christine, están nuestros hijos casados: Ellen Spong y su esposo, Gus Epps; Katharine Spong y su esposo, Jack Catlett; Jaqueline Spong y su esposo, Todd Hylton; así como los cuatro maravillosos nietos que nos han dado: Shelby Catlett y John (Jay) Catlett, John Lanier Hylton, y Lydia Ann Hylton. Luego están nuestros hijos solteros, Brian y Rachel Barney, a quien dedico este libro. Brian se está preparando para entrar a la escuela de medicina, y Rachel es oficial y piloto del Cuerpo de Marina de Estados Unidos. Todos estos miembros de la familia contribuyen a hacer nuestras vidas dichosas y felices. Por último, saludo a nuestras madres, Doolie Boyce Griffith Spong, quien tiene noventa y dos años de vida, y a Ina Chase Bridger, que tiene miedo de que alguien pueda sugerir que está llegando a los noventa. ¡No lo está! Apenas tiene setenta y tantos y es un encanto. Algunas veces me asombro de cuánto amor rodea mi vida. Está centrada en esta increíble familia.

⁸ Estos videos están disponibles a través de Cristianismo para el Tercer Milenio, Inc.